

EL MANDALA 37



MARC LAIDLAW

«Realmente escalofriante. Este libro lo tiene todo para que el lector no deje de mirar el fondo del pasillo.»

Stephen King

Los mandalas siempre han estado entre nosotros, invisibles y silenciosos. Cuando el cínico Derek Crowe, el charlatán de la Nueva Era, aprende los secretos de los mandalas, ve la oportunidad de obtener dinero fácil. Todo lo que tiene que hacer es convertir a esos terribles monstruos lovecraftianos en espíritus guardianes, alterando los textos místicos para que parezcan benevolentes para un público crédulo. Pero a medida que la obra de Crowe gana en popularidad, también atrae la atención no deseada de los 37 mandalas de los que trata el texto original, sin saber que ha lanzado sobre la tierra un horror tan infinito como hambriento.

Índice de contenido

Sobre el número treinta y siete

Prólogo

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Segunda parte

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Tercera parte

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Cuarta parte

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Quinta parte

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Sexta parte

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Séptima parte

Capítulo 37

Agradecimientos

Sobre el autor

SOBRE EL NÚMERO TREINTA Y SIETE

El número treinta y siete es un número Dee primo, llamado así por su función en las fórmulas derivadas de las claves enoquianas del doctor John Dee y su adivinador Edward Kelly. Aleister Crowley, la reencarnación de Kelly, quien realizó minuciosas investigaciones sobre el significado astral de este número primo, afirmaba que el número resuena en una dimensión transcendente de estabilidad forzosa, como si se usara para mantener a raya el caos, y se conservará a sí mismo a toda costa, para lo que eliminará cualquier dígito adicional que amenace con convertirlo en el treinta y ocho (algo que flaquea con el Dee primo, al estar compuesto por el débil primo de la celosía malkutiana, el diecinueve, y un poco reforzado por la Díada), que al mismo tiempo no deja de sumar siempre —y, por lo tanto, desequilibra— al puro treinta y seis, que al mismo tiempo es un cuadrado muy potente al ser divisible por el primo gnóstico y por la Gran Tríada, y que tiene muchas facetas y homólogos místicos. La influencia del treinta y siete es, en esencia, siniestra, no es del todo explicable por el hombre y opera de acuerdo con una geometría que es inconcebible incluso en el plano akáshico y que por lo tanto se resiste a la categorización simplista de llamarlo «malvado». Un numerólogo avisado será capaz de percibir la manifestación del treinta y siete en todo tipo de lugares fortuitos: periódicos, películas, estaciones de autobuses, números de telé-

fono... Una omnipresencia que supera los límites de la casualidad y roza la determinación. Como principio organizativo, el treinta y siete es, al mismo tiempo, amenazador y fascinante, y muchos de sus efectos y características continúan ocultos e inexplorados. Los diarios de Crowley incurrían en incoherencias cuando el autor habla de su estudio del número en Arabia, mientras que John Dee, en los últimos años de su vida, cuando se le perseguía y vivía en la pobreza, cambió la actitud de la que había hecho gala toda su vida y con la que rechazaba las consideraciones tolerantes relativas a los símbolos en su obra, y en un fragmento carbonizado del instituto Ashmolean advirtió con vehemencia que se tuviese cuidado con cualquier tipo de manipulación del número treinta y siete, al que también culpó de su aciago destino.

—GEORG VON RUTTER, *Secretos de la numerología gnóstica*,
vol. VIII: Manifestaciones esotéricas de los números primos,
1967

PRÓLOGO

A la joven pareja no pareció importarle que el museo apes-
tara a sangre.

Caminaban cogidos del brazo por las tenebrosas salas de Tuol Sleng mientras señalaban hacia las acuarelas llenas de atrocidades, susurraban entre risas esporádicas y se afe-
raban el uno al otro como amantes atolondrados debajo de las aspas pesadas y afiladas de los ventiladores del te-
cho, que se afanaban por remover el húmedo ambiente. Los guardias jemer-
es los miraban al pasar y movían sus armas con inquietud, como si nunca hubiesen visto nada igual. El estadounidense los seguía por razones que no lle-
gaba a comprender.

Intentó imaginarlos caminando por las carreteras de pol-
vo rojizo del campo, seguidos por todo tipo de miradas y todo tipo de armas, de los equipos de la ONU y de los je-
meres por igual. Él no llamaba mucho la atención en Cam-
boya, ya que parecía un corresponsal asiático anciano: un hombre alto, con sobrepeso y de pelo canoso recogido en una coleta que le sobresalía debajo de un desvencijado sombrero de lona. Deambuló por los pisos inferiores de Tuol Sleng en sandalias y con unos anodinos vaqueros cor-
tados, con una cazadora de camuflaje que llevaba sobre una camiseta mugrienta, con los bolsillos llenos de lentes, carretes de fotos y filtros, y algunas Nikon destartadas colgadas de los hombros por el pecho y la barriga.

*El olor debería haberlos molestado aunque fuese un po-
co, pensó, incluso el ganado retrocedía al ver el matadero.*

Era el hedor residual de la sangre vieja, aquella que nunca había llegado a limpiarse del todo de entre las baldosas cuadradas de los suelos de las aulas, la que nunca se había llegado a eliminar de las casetas que los jemeres rojos habían construido para enjaular a sus prisioneros. Los periodistas que lo habían guiado al lugar habían especulado con que los campos de concentración alemanes debían de haber sido así en los años cincuenta, antes de que se limpiaran para convertirse en una atracción turística. Los conservadores de Tuol Sleng no se habían preocupado por usar desinfectante. Aquel tenue hedor era más evocador que cualquier letrero que describiera los horrores allí acontecidos, más convincente y menos susceptible a las correcciones que cualquier propaganda despachada por los regímenes que habían sucedido al mandato de los jemeres rojos.

En una de las muchas habitaciones que estaban empapeladas desde el suelo hasta el techo con fotografías, el estadounidense consiguió al fin oír la conversación de la pareja. Estaban tan absortos por lo que los rodeaba y por su presencia allí que no repararon en él.

—Para mí que se parece a una obra de Warhol —dijo el hombre con marcado acento francés—. Tiene esa repetición, ese anonimato del artista.

—A mí me recuerda a Avedon —repuso la mujer, que tenía acento alemán—. Esa frialdad...

—Pero con cierto arraigo. Irving Penn.

—Joel-Peter Witkin.

—Eso, pero sin su puesta en escena. Sin su artificio. Esto es mucho más espontáneo. Natural. Es lo que marca la diferencia.

—¿Tú crees?

Sin duda, pensó el estadounidense mientras dejaba que se apartaran de él. Temía llamar su atención y solo quería terminar el trabajo, marcharse de allí, volver al hotel y salir para siempre de aquel país. Había demasiados fantasmas en Camboya, fantasmas cuyos cuerpos formaban parte de

la tierra desde hacía muy poco tiempo, un millón de almas torturadas que flotaban en una neblina moteada de rojo. Además, él ya había pasado por el lugar al que se dirigían los amantes: antiguas aulas reacondicionadas con contraventanas de madera abiertas de par en par para permitir el paso a una luz rosácea que iluminaba pequeñas costras de sangre esparcidas en espiral por debajo de los somieres engalanados con grilletes. Se detuvo a escudriñar las paredes en las que ellos habían admirado el efecto artístico, paredes cubiertas con fotografías del antes y el después de las víctimas de Tuol Sleng. Hombres, mujeres, demasiados niños; familias enteras. Los torturadores no se habían achantado a la hora de documentar sus exploraciones de la carne humana. Al entrar en el centro de exterminio, que antes había sido un liceo, una reliquia decadente de la arquitectura colonial francesa, los cautivos habían posado ante la cámara con gesto optimista; sí, optimista, a pesar de que seguro sabían la naturaleza de sus fotógrafos. Una especie de ceguera voluntaria que sobrevenía a los ojos de los aterrados. La segunda de cada par de imágenes mostraba a las víctimas al final de su estancia, antes de enviarlos a los campos de exterminio y las tumbas de Choeung Ek o de enterrarlos en el patio del colegio.

Había explorado Choeung Ek mientras el Ministerio de Información procesaba su solicitud para realizar una investigación específica y limitada en la biblioteca de Tuol Sleng. Había dejado la marca de sus sandalias en las fosas mientras el polvo de los huesos se le adhería a los dedos de los pies, contado una fracción de las calaveras que había a la vista y que estaban ordenadas detrás de una vitrina por sexo y edad («mujer camboyana senil»), se había acercado para fotografiar el tronco de un árbol en el que se decía que los jemereros rojos habían aplastado las cabezas de unos niños para ahorrar munición. Estudiaba las fotografías con macabra fascinación, como si mirara algo de lo que no había sido consciente hasta haberlo visto. Algunas de las vícti-

mas llevaban tatuajes tribales, también llamados sak, como los que había visto por todas partes en los campos de refugiados tailandeses, grabados de amuletos mágicos. Las fotos revelaban que los torturadores tenían otras capacidades artísticas, como por ejemplo una minuciosa atención al detalle en lo referente a la anatomía. Pero en ninguna parte vio indicios de lo que buscaba. En cualquier caso, solo había en exposición una pequeña muestra de las fotografías: Tuol Sleng había alojado a diecisiete mil personas durante el corto periodo de tiempo en el que estuvo en funcionamiento. Eso suponía un total de treinta y cuatro mil fotografías, pero solo había una pequeña fracción de ellas expuestas en las paredes. Los pocos supervivientes (menos de diez personas habían escapado de Tuol Sleng después de la caída de Kampuchea Democrática) habían vuelto al lugar para crear una galería de supervivientes, pinturas e ilustraciones primitivas y de colores radiantes de las torturas que parecían realizadas por niños. Las había inspeccionado durante sus visitas anteriores, y había prestado atención especial a los pechos de una mujer pintada con acuarela de un solo color cuyos pezones ardían entre tenazas al rojo vivo.

(La mancha azulada que tenía el aspecto de un tatuaje borroso había resultado ser una marca de pintura, nada retorcido).

Al fin oyó ruidos de botas, firmes y de vestir, que se acercaban por el pasillo principal. Volvió al recibidor, donde el pequeño asistente jemer lo estaba buscando.

—Ya está listo. ¿Quiere que lo lleve?

—Conozco el camino.

El estadounidense le dejó un fajo de billetes en la mano y pasó a su lado para dirigirse hacia las escaleras.

En el primer rellano hizo una pausa y sacó un paquete de cigarrillos de la cazadora. Encendió uno y contempló cómo el humo revoloteaba entre sus dedos, como si fuese a encontrar lo que buscaba entre las volutas. Oyó pasos debajo de él en las escaleras, murmullos curiosos de la pareja

européa. Oyó que un guarda les llamaba la atención y los pasos cesaron. Apagó el cigarrillo sin darle una calada.

En el segundo piso solo podía atravesar una de las puertas. El lugar donde el conservador lo esperaba impaciente. El jemer enjuto y lleno de cicatrices parecía molesto por verlo de nuevo, pero las autoridades lo habían obligado.

La pequeña estancia era sofocante. Había pocas cosas, pero de todos modos parecía abarrotada: contaba con dos viejos escritorios, un archivador y una antigua fotocopiadora. Vio una carpeta sobre el escritorio más alejado, debajo de la ventana. El conservador le hizo un gesto para que se sentase. Mientras se acercaba al escritorio, el otro hombre atravesó la puerta entreabierta que daba a una habitación mucho más grande. El estadounidense vio estanterías llenas de carpetas, libros de texto y papeles amarillentos. Había una muestra de aquellos diarios en la exposición del piso inferior: eran confesiones de los crímenes contra Kampuchea Democrática, escritas en jemer y a veces en francés. La enorme cantidad de carpetas era casi inconcebible: cada una representaba una muerte y dosificaba la información página a página. Al darse cuenta del interés que mostraba el estadounidense, el conservador cerró la puerta con pres-teza.

Pasó a mirar la carpeta que había encima del escritorio y gruñó al leer el nombre que había escrito en la portada.

—No es la que había pedido —le reprochó.

—Así es.

—He dicho que no es la que...

El conservador le pasó una solicitud escrita con una caligrafía que reconoció como suya y que tenía el sello del ministro. Se quedó desconcertado un instante, hasta que sintió que volvía a tener fiebre. Se hundió en la silla, se abrazó el torso y se inclinó hacia la mesa, con sudores fríos y unos puntos resplandecientes que le cubrían la visión. Cuando recuperó la compostura, suspiró y acercó la carpeta.

—¿Sí? —inquirió el conservador.

—Sí —respondió con voz agotada.

El conservador extendió las manos hacia él.

—Cámaras.

—Tiene que estar de broma.

—Cámaras. Ahora.

En lugar de hacerle caso, el estadounidense sacó la cartera. Con veinte dólares debía haber bastado, pero el hombre apartó el dinero de un manotazo. Nunca había presenciado un gesto así en la ciudad. Notó un mal presagio, como si hubiese fracasado y se fuese a meter en problemas. Guardó la cartera, convencido de que un soborno por mayor cuantía solo le traería más problemas.

—Cámaras —insistió el hombre.

El estadounidense se lo quedó mirando un instante y luego se quitó de encima las correas y los cuerpos negros de las tres FM2. En la mochila llevaba un soporte para copias fotográficas que ya no le servía para nada. El jemer apiló las cámaras en el otro escritorio. Luego volvió al otro y se sentó mientras miraba hacia la ventana por encima de la cabeza del estadounidense.

Cuando dejó la mochila en el escritorio y la abrió, el conservador volvió a ponerse en pie. Sacó un bolígrafo y un cuaderno. El jemer volvió a sentarse, y él señaló la fotocopidora.

—Supongo que no funciona, ¿verdad?

El hombre consumido se tornó pálido a causa de la rabia.

—¡Escriba a mano! ¡Solo a mano!

—Es broma. Relájese.

Dentro de la carpeta había una pila de tres centímetros de documentos sin pautar, y cada una de las páginas tenía una fecha, estaba firmada y también marcada con una huella dactilar. Las hojeó, y el corazón le dio un vuelco cuando vio pasar los primeros mandalas, unas ruedas elaboradas con núcleos en espiral y radios oscilantes. Eso era justo lo

que había estado buscando. Los círculos se encontraban rodeados por escritura en jemer, como si el texto fuese una exégesis de la naturaleza de los símbolos. Algo poco probable. Los jemereros rojos no permitían a sus invitados ponerse metafísicos.

El estadounidense no sabía jemer, pero sí que notó cómo la caligrafía empeoraba a medida que avanzaban las páginas y acababa emborronada por manchas rojas y negras cuya frecuencia también aumentaba a cada página. Volvió al comienzo, observó por un momento el primer mandala, acercó el cuaderno y le quitó la tapa al bolígrafo. El conservador se lo quedó mirando.

La rueda estaba dibujada con minuciosidad y era intrincada, como si el autor hubiese dedicado toda su energía a dicha tarea. ¿Por qué los interrogadores de la Kampuchea Democrática le habían dejado el tiempo suficiente para crear un patrón así? Debió de haberlo distraído en gran medida de escribir el resto de la confesión. Aun así, había docenas de imágenes igual de elaboradas a lo largo de todo el texto.

No podía imaginarse cuánto habría tardado en copiar una, y mucho menos las treinta y siete que había. Lo último que quería era pasar muchos días en esa estancia agobiante de aquel horrible museo embebido en el olor de una sangre que ya empezaba a obviar. No quería habituarse a aquel lugar, pero no le quedaba elección.

Se sorprendió un poco al descubrir que había un montón de papel cebolla doblado en su cuaderno. No recordaba haberlo metido ahí. Puso una hoja encima del mandala y empezó a calcar con cuidado el perímetro que enclaustraba un complejo núcleo de líneas entrelazadas. El sudor de la mano arrugó un poco el papel, y hubo de tener cuidado de no mojar la tinta. Cuando terminó con las líneas exteriores, empezó a trazar las espirales de la parte central. Era una tarea que requería mucha paciencia y un pulso mucho más firme que el suyo. No era un artista.

Robar el documento habría sido la solución más obvia, pero sería el único sospechoso del robo. No quería pasarse el resto de su vida en una prisión de Camboya. Y también tenía claro que era imposible que consiguiera escabullirse hasta la frontera más cercana. Camboya era un enorme campo de minas. No... Iba a tener que calcar a mano cada mandala, le llevara el tiempo que le llevara.

Cada línea parecía contar con una longitud imposible. Calcó todo tipo de nudos y complicaciones de los que no conseguía percatarse hasta que los atravesaba con el bolígrafo, un sinfín de giros y bucles y marañas impenetrables. No se atrevió a levantar la mano del papel. Para descansar, dejaba la punta apoyada en el papel y cerraba los ojos, pero a pesar de ello aún sentía latir el patrón detrás de los párpados, fluir en el hedor de la sangre, azucar las marcas de fosfeno poco a poco hasta formar una palpitación en su mente. Oyó un golpe demasiado crispado para tratarse de su corazón y, cuando abrió los ojos, descubrió que su mano, de la que se había olvidado, había continuado calcando aquella forma. Ahora el patrón estaba completo, y se había dibujado como por arte de magia en un abrir y cerrar de ojos.

El conservador se encontraba en la puerta y miraba hacia el recibidor. El jemer empezó a susurrar y a hacer aspavientos iracundos. Echó la vista atrás, le dedicó al estadounidense una mirada de advertencia y luego abrió la puerta justo lo necesario para atravesarla.

El estadounidense se sorprendió al ver que los europeos estaban fuera. Los ojos del hombre se encontraron con los suyos durante un instante sobrecogedor. Se le emqueñecieron las pupilas, para luego expandirse y volver a contraerse. La mujer le dedicó una sonrisa y luego asintió. La puerta se cerró a continuación. Oyó voces que farfullaban: el conservador estaba enfadado y el francés intentaba calmarlo mientras la mujer le hablaba en voz baja y tranquilizadora, como si lo estuviese arrullando. Las voces resona-

ban en el pasillo. Sintió que cada vez se alejaban más de donde se encontraba él.

El mandala aún le ardía en los ojos. Sin titubear, como si hubiese planeado aquel momento, llevó la carpeta a la fotocopidora. Toco el botón de encendido, pero no ocurrió nada. El enchufe estaba tirado en el suelo, debajo de una toma de corriente que había en la pared. La enchufó. La fotocopidora empezó a repiquetear. No quiso saber el tiempo que desperdició mientras esperaba a que la máquina se calentara. Colocó en el cristal la primera hoja, la misma que había calcado a mano. Vio entre sus dedos un resplandor que iniciaba una barra caliente. La fotocopidora rechinó como un insecto que canta en una tarde calurosa, como si llamara la atención de todos los que se encontraban en Tuol Sleng. Cuando la luz midió las dimensiones de la página, quitó la hoja del cristal y colocó una segunda que ya tenía preparada. Rebuscó en la carpeta en busca del tercer mandala, que estaba rodeado por aquella caligrafía lamentable. Parecía un trabajo simultáneo a cuatro manos, las del artista y las del autor.

No tardó en establecer una rutina: colocar una página, esperar a que la máquina estuviese lista, darle al botón de copiado, esperar el recorrido de la luz y a que terminara el lento escaneo. Esperar, esperar y esperar; rebuscar en la carpeta con cuidado de no olvidarse de ningún mandala y prepararse para copiar el siguiente, siempre alerta por si oía algún sonido a su alrededor, paranoico por si el escándalo que montaba la máquina no le permitía oír el regreso del conservador. Pero no debía pensar en eso, no debía preguntarse qué ocurriría en caso de que lo pillara. Su única preocupación era copiar los mandalas. Solo eso.

Cuando había copiado la última de las hojas, cogió las fotocopias de la bandeja y contó con presteza los mandalas. Treinta y siete. Estaban todos. Le sorprendió la calidad de las copias. Tiró del enchufe de la pared, volvió a su asiento, escondió las copias en su mochila y cogió el bolí-